



Consejo Económico y Social

Distr. general
7 de diciembre de 2017
Español
Original: inglés

Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer

62º período de sesiones

12 a 23 de marzo de 2018

Seguimiento de la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer y del vigésimo tercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, titulado “La mujer en el año 2000: igualdad entre los géneros, desarrollo y paz para el siglo XXI”

Declaración presentada por The Wellbeing Foundation Africa, organización no gubernamental reconocida como entidad consultiva por el Consejo Económico y Social*

El Secretario General ha recibido la siguiente declaración, que se distribuye de conformidad con lo dispuesto en los párrafos 36 y 37 de la resolución 1996/31 del Consejo Económico y Social.

* La presente declaración se publica sin revisión editorial.



Declaración

A medida que se reconocen más los matices de la agresión sexual, nuestros esfuerzos colectivos para poner fin a la violencia por razón de género, especialmente en el caso de las mujeres y las niñas rurales, requieren una mayor maleabilidad; la voluntad de cambiar nuestra definición de agresión sexual a medida que adquirimos cada vez más conciencia de las verdades no reveladas.

Debemos incorporar la complejidad de la agresión sexual, en toda su fealdad y ambigüedad, en nuestras conversaciones en torno a ello, porque una definición estándar pocas veces encaja.

Sabemos que no todas las agresiones sexuales constituyen violación, pero que toda violación es una agresión sexual. Lo que no siempre comprendemos, sin embargo, es que la agresión sexual discreta tiene la capacidad de ser un abuso tan traumático como brusco y violento, y cuando se trata de definir la agresión sexual, la racionalización se convierte en un terreno resbaladizo. Luchar, huir o bloquearse son respuestas al pánico y al peligro comprensibles para todos. Pero cuando se trata de sexo, a veces olvidamos que estas son respuestas válidas. En lugar de ello el debate se libra sobre aspectos técnicos: si el consentimiento puede retirarse en mitad del sexo, cuánta lucha se considera “suficiente”, o si se utilizó, y enfáticamente, la palabra “no”. Esto genera un relato en el que deben cumplirse algunos criterios antes de que los supervivientes de agresiones sexuales puedan definir sus experiencias vividas.

Les debemos a los supervivientes una comprensión y defensa más eficaces, y especialmente a los que se abren camino por estructuras de poder que van en su contra. Los que carecen de educación. Los pobres. Los del ámbito rural. Las mujeres y los niños.

Sabemos que la agresión sexual es una de las epidemias más difíciles de cuantificar del planeta por cuanto la vergüenza y el secreto están profundamente arraigados en la psiquis del abuso. La Organización Mundial de la Salud afirma que 1 de cada 3 mujeres ha sufrido violencia física o sexual infligida por su pareja o violencia sexual infligida por una persona distinta de la pareja en algún momento de su vida. Habida cuenta de que se denuncian muy pocos casos de agresión sexual, es justo decir que esta cifra —ya terrible— apenas refleja la realidad. Las agresiones sexuales cometidas contra hombres son aún más difíciles de evaluar debido a la existencia de tanto estigma social e incompreensión arraigados en los conceptos de masculinidad y abuso.

La difusión de las siguientes seis realidades acerca de la agresión sexual contribuiría a crear una cultura de rendición de cuentas y cambio:

Veinte “noes” y un “sí” no significan “sí”

La idea del consentimiento sexual ha evolucionado. Es poco probable que alguien que se siente intimidado o incómodo en una situación sexual reivindique límites saludables bajo presión.

Ya no sirve el “simplemente, di no”. Debemos gritar hasta la saciedad: “¡Viva el consentimiento entusiasta!”.

Crear una cultura en la que el consentimiento entusiasta es el punto de referencia de las interacciones sexuales pone de manifiesto una carga de responsabilidad que recae en todas las partes para que garanticen que la(s) otra(s) está(n) cómoda(s) y segura(s). Hacer que la carga de la responsabilidad recaiga en la parte más vulnerable

para que marque la pauta de la relación sexual es irrazonable e ilógico. El consentimiento entusiasta niega el riesgo de que el consentimiento se obtenga bajo coacción o con renuencia.

El consentimiento puede retirarse en cualquier momento

El consentimiento sexual no es un contrato jurídico.

El consentimiento se ve influenciado —y alterado— por diversos factores. Nadie tiene acceso incondicional al cuerpo de otra persona. Denegar o retirar el consentimiento sexual es un derecho humano que puede invocarse en cualquier momento y en cualquier circunstancia.

El consentimiento puede retirarse o denegarse en diversos contextos:

- Una pareja puede no desear realizar un acto sexual que habitualmente disfruta.
- Una persona puede haber aceptado el contacto sexual con posterioridad y después haber cambiado de opinión.
- Una persona puede empezar a sentirse incómoda en mitad del sexo y desear parar.
- Una persona puede haber consentido a mantener relaciones sexuales con el uso del preservativo u otros métodos anticonceptivos, pero su pareja puede tratar de retirar este anticonceptivo subrepticamente o conseguir hacerlo.

El vínculo común entre todos estos ejemplos es que si alguien mantiene contactos sexuales más allá de estos puntos, está cometiendo una agresión sexual.

Los niños y los hombres pueden ser agredidos sexualmente

Aunque las mujeres experimentan una tasa considerablemente más elevada de violencia sexual que los hombres, ello no niega la gravedad de los delitos cometidos contra los hombres. Las presunciones erróneas de que los hombres no pueden ser agredidos sexualmente o tienen pocas probabilidades de ser violados son sumamente perniciosas.

Sigue siendo una agresión sexual si el superviviente tiene un orgasmo

Es poco probable que las personas lloren, griten o luchen mientras se está produciendo una agresión sexual. Existen varias razones —raramente opciones conscientes— por las que las personas se quedan bloqueadas durante la agresión sexual, entre ellas la disociación (cuando el cerebro desconecta subconscientemente a una persona de la realidad para protegerla de traumas graves), la preservación (“ya me han demostrado que me pueden hacer daño, así que quizá me maten si me defiendo”), o incluso la negación.

Por esa razón, muchos supervivientes de agresiones sexuales se convencen a sí mismos de que no fueron agredidos. Si el arquetipo dicta la necesidad de violencia y lucha, es más fácil que se racionalice una agresión como menos aterradora de lo que se experimentó. Sin embargo, esto no niega la gravedad de la agresión ni su repercusión en la psiquis de una persona. Esta desconexión cognitiva es peligrosa porque crea criterios según los cuales no solo a los supervivientes de agresiones sexuales no les creen los demás, sino que ellos mismos tampoco lo hacen.

Muchos supervivientes de agresiones sexuales experimentan orgasmos cuando están siendo agredidos. La biología, a menudo separada de la mente, exige que los

órganos sexuales de las personas respondan a todo contacto físico que podría permitir la concepción.

Por lo tanto, es lógico que un cuerpo humano pueda experimentar un orgasmo durante la agresión por motivos completamente ajenos al placer. Pero ello no significa que hubiera consentimiento o placer. No hace que un violador deje de serlo.

Las personas tienen relaciones sexuales con sus violadores

Un violador puede parecerse a cualquiera. Incluso a una persona a la que se quiere.

Sobrevivir a una agresión sexual suele ser una experiencia confusa. La etiqueta de “víctima” pesa demasiado. Se siente vergüenza. Se siente culpa. Y se siente negación.

Esta negación es importante porque explica en gran medida por qué los supervivientes de agresiones sexuales pueden tratar de convencerse a sí mismos, o convencer a otros, de que no se produjo ningún abuso deshonesto. Es una triste realidad que algunas personas tengan relaciones sexuales consentidas con sus agresores, adaptando de ese modo la experiencia de la agresión sexual para considerarla un malentendido.

Pueden transcurrir años antes de que una persona que ha sido agredida sexualmente empiece a comprender la magnitud de la agresión sufrida. Para entonces, de una semilla mutada podría haber crecido una relación polifacética, compleja o incluso amorosa, lo que puede resultar extremadamente desestabilizador para la salud mental del superviviente.

Nos cuesta reconocer el modelo binario que ha creado la sociedad, de amantes frente a monstruos, en nuestras relaciones sexuales, porque no hay modelo binario. Las personas que cometen agresiones sexuales son, a menudo, ambas cosas.

Cuando alguien te dice que le han agredido sexualmente, créele

Existen muchas premisas sobre cómo se supone que debe haber actuado un superviviente de agresión sexual antes, durante y después de una agresión sexual. Se espera que las historias de agresión sexual sean claras: un villano y una víctima. Y si el papel de villano de la historia lo representa alguien que, en opinión del oyente, parece una “buena persona”, es mucho menos probable que se crea a la víctima.

Alterar el *statu quo* al proclamarse uno mismo superviviente de una agresión sexual —o ir más allá y poner nombre al maltratador— no solo es controvertido, sino peligroso. Es frecuente que las familias y las comunidades cierren filas para proteger a alguien que consideran injustamente calumniado, y, como consecuencia, a menudo se aliena a los supervivientes de agresiones sexuales.

¿Por qué?

Porque esperamos víctimas perfectas y villanos perfectos, cuando no existe tal modelo. Un superviviente asertivo o agresivo puede parecer malicioso, deshonesto. Uno demasiado vergonzoso puede parecer un mentiroso poco convincente. También es más sencillo no creer a un superviviente que admitir que un semejante podría ser capaz de cometer una agresión sexual. La negación elimina nuestra complicidad en su comportamiento y nos permite creer en una realidad más cómoda.

Debemos recordar que por cada persona que declara abiertamente haber sido objeto de una agresión sexual existen varias más que podrían no haber dado un paso adelante por vergüenza, temor o negación.

Cuando alguien habla libremente sobre su agresión sexual, todos tenemos la obligación de considerar las maneras codificadas en que evaluamos las denuncias “válidas” frente a un sistema de medición incorrecto. Porque para alguien que ha luchado denodadamente por tan solo hablar de su experiencia, todo lo que en realidad necesita en el momento de compartirlo es una cosa.

Que le digan: “Te creo”.
